

Carlos Torre Repetto: un grande del ajedrez

Alberto Cámara Patrón

En un apacible hogar para ancianos de Mérida, alejado de la publicidad, vive el gran maestro internacional Carlos Torre Repetto, considerado el más grande ajedrecista en la historia de México. Sus triunfos lo encumbraron en los primeros lugares del ajedrez mundial en los años veinte y su historia es casi una leyenda para los aficionados al juego-ciencia del país.

Nació en la capital de Yucatán en noviembre de 1904 y a los 11 años de edad fue a vivir a Nueva Orleans, por lo cual interrumpió su instrucción escolar. Allí ganó el campeonato del estado de Luisiana, trasladándose luego a Nueva York, donde se afilió al Club de Marshall. Este maestro fue como su padre, "ajedrecísticamente hablando", según afirma.

En Estados Unidos ganó el campeonato del Este, y a principios de 1925 jugó el Torneo Baden Baden, Alemania, donde ocupó el décimo lugar; de allí siguió a Marienbad,

Checoslovaquia y obtuvo el segundo puesto.

Regresó a Nueva York, mas no por mucho tiempo. En noviembre de 1925 hubo fiebre ajedrecística: comenzaba el Torneo de Moscú, donde los grandes maestros iban a disputar las mejores posiciones en la clasificación mundial. Capablanca y Lasker, dos de los más grandes campeones en la historia del ajedrez, estaban presentes.

Torre fue a competir y obtuvo un sonado triunfo: ganó el quinto lugar, empató con Capablanca —entonces campeón mundial— y venció al exmonarca Lasker y a Saemisch, entre otros. De Moscú fue a Leningrado y quedó en segundo lugar. Regresó a Nueva York y finalmente regresó a México. Aquí obtuvo el campeonato nacional en 1926, venciendo a Soto, Araiza y Freidía. Para entonces se le consideraba el mejor jugador del continente, pues derrotó a Marshall, campeón panamericano, en cuatro partidas.

Alberto Cámara Patrón. Licenciado en Administración Pública. Durante algunos años ejerció el periodismo en revistas y suplementos culturales.

Entrevista publicada en *Revista de Revistas* en mayo de 1975.

Sorpresivamente, Carlos Torre abandonó el mundo ajedrecístico. Nunca más volvió a competir y tras de él se tejió la leyenda que lo envuelve.

Hoy, a pesar de que muchos clubes de ajedrez de México llevan su nombre, el maestro no recibe atención alguna. Solo, en el asilo, se dedica al estudio de la filosofía y la psicología. Le disgustan los temas banales y centra su conversación en metafísica, los asuntos espirituales, los problemas filosóficos y el ajedrez. Su trato es cortés, ceremonioso a veces, y al hablar busca las palabras precisas para expresarse.

Sin darse mucha importancia a sí mismo, cuenta que a los cinco años de edad le regalaron un juego de ajedrez, pero que tardó un año en aprender a mover las piezas.

- No soy ningún genio; al contrario. Mi cerebro trabaja más despacio que el cerebro ordinario. Yo estaría abajo de 100, que es lo normal en el coeficiente intelectual. Lo que otro puede aprender en un rato, yo me tardo 20 años en aprenderlo.
- Pero el mismo Lasker afirmó que su juego es rico en ideas y que tiene usted un talento extraordinario.
- Más bien dicho, por terquedad, por constancia; no porque yo sea un genio que puede tomar decisiones acertadas en un segundo... No, estudio una cosa y tengo la

constancia de estudiarla hasta 20 años. Claro que en 20 años ya comprendo algo de eso que estudio. Además, uno procura ser lo más analítico que puede.

La victoria de Torre sobre Lasker provocó elogiosos comentarios y la partida es conocida como "La Lanzadera", por el brillante manejo de las torres que hizo el maestro mexicano.

Sin embargo, Torre dice:

- Le gané por suerte, más que por mérito. Le quité tres peones, pues recibió un telegrama en el que le notificaban que se iba a publicar su último libro sobre el pragmatismo: fue tanta su felicidad, que le hizo jugar mal.

En el torneo de Moscú, Torre entabló amistad con Lasker y Capablanca y gusta de recordar a esos dos grandes maestros.

- ¿Tiene algún recuerdo particular de Lasker?
- Que es un filósofo, no exactamente un hombre, porque quien es filósofo es algo más que un hombre. Cuando uno está junto a él se le entiende, se le comprende. Además, fue el primer filósofo del pragmatismo.
- ¿Y de Capablanca?
- Él era un tipo mundano, un



Gabriel Ramírez, 1991

caballero en toda la extensión de la palabra. Tenía muchos intereses, le gustaba el ajedrez, la música, el tenis, le gustaba todo; tenía amigos y amigas en todas partes del mundo.

Tal vez por el reconocimiento que le hicieron los grandes maestros, y por su elevada posición en la tabla mundial a los 22 años de edad, su retiro fue más sorprendente. Fred Reinfeld, en su libro *La perfección en ajedrez*, cita el caso de Torre como único, después de Paul Morphy, en que un maestro se retira en pleno apogeo.

— ¿Por qué se retiró del ajedrez?

— Bueno, mi hermano me pidió que le fuera a ayudar en su botica y me dijo que me daría manos libres en el dinero. Nunca le gasté un centavo, pero el trabajo de la farmacia calienta menos el cerebro. Además, me retiré de la competencia, no del estudio. Hasta ahora sigo estudiando el juego.

Aunque no juega, el maestro plantea problemas ajedrecísticos, los resuelve, analiza partidas. Para él, lo fundamental es el estudio, no ganar o perder.

— En ajedrez, lo más importante es el análisis. Y mientras más estudia uno, más analiza.

— ¿Qué le recomendaría a los ajedrecistas jóvenes?

— Que aprendan las conclusiones de mi estudio; que son unas cuantas cositas que en cinco segundos pueden memorizar y con eso ya sabrán lo que yo sé.

Ese estudio del que habla consiste en una cuantificación de los valores de las piezas y de los que considera los aspectos básicos en una partida. Es una tabla que parte del peón como unidad.

— ¿Cuál es la mejor estrategia en ajedrez?

— Botvinnik decía que los grandes jugadores del futuro tendrán que conocer a la perfección las tres estrategias, o sea, el juego abierto, el semiabierto y el cerrado. Ahora casi todos los jugadores del mundo, inclusive Bob Fischer, nada más saben una estrategia. Claro que dominan maravillosamente las otras dos, pero son especialistas en una nada más.

— ¿Tiene una filosofía propia el ajedrez?

— Debe ser. Lasker cree que el ajedrez refleja la vida, que es una igualdad. Así como la Biblia nos dice que Dios hizo al hombre semejante a Él, así el ajedrez es una igualdad comparado con la vida. Y si lo consideramos universalmente,



podemos creer lo que dijo Platón: le preguntó Sócrates si hay una paralela en el universo, y Platón contestó que las cosas no sólo tienen una paralela, sino hasta un verso.

Al hablar de la situación del ajedrez mundial, Carlos Torre afirma que el verdadero campeón es Bobby Fischer y sólo dejará de serlo cuando le ganen.

(Cuando se hizo la entrevista, Fischer acababa de ser desconocido como monarca, tras negarse a jugar con el soviético Anatoly Karpov)

— ¿Qué le parece Fischer como jugador?

— Pues, ajedrecísticamente hablando, es el primer campeón de toda la historia del mundo. Cuando alguien le gane, sabrá lo mismo que él y un poco más.

— ¿Podría Karpov ganar a Fischer?

— Creo que le puede dar mejor batalla que Spassky. Y aunque siempre ganará Fischer, ya no lo hará tan decisivamente. Como el mismo Karpov dice, esta vez perdería, pero tiene la confianza de que en tres años más podrá ganar a Bob; se da cuenta de que está aprendiendo.

— ¿Qué le parece la actitud de Fischer de abandonar el título sin jugar?

— Ha dado la sorpresa, porque todo el mundo creía que estaba

metalizado, que lo único que le interesa es el dinero. No, su criterio para él vale más que el dinero; no es un judío de esos que creen que un centavo es más que Dios.

— Se dice que un encuentro entre Fischer y Karpov no presentaría innovaciones tácticas ni estratégicas, que el juego se decidiría por solidez, únicamente.

— No, no. Yo creo que los dos saben muchas jugadas secretas y nuevas que van a utilizar cuando se enfrenten. Cada uno de ellos va a dar cinco sorpresas, cuando menos, tanto en la apertura como en el juego medio y en el final.

— Entonces es muchísimo lo que falta por aprender.

— Pues nos falta más de lo que hemos estudiado. En 1258, los árabes hacían problemas de 62 jugadas; ahora, Lasker hizo un problema de 77, así que lo que hemos aprendido en siete siglos es la diferencia: 15 jugadas.

— Pero un problema de esa magnitud es un juego entero.

— Sí, todos ellos pueden hacer un juego mental. Ven una jugada que mucho después dará el gane. Por ejemplo, cuando jugó con Petrosian en Buenos Aires, Fischer avanzó un peón a cinco dama y el

ruso nada más a tres dama; pero el peón de Bob, como estaba avanzando, valía más, y por ese detalle, insignificante en apariencia, ganó el juego.

— Ahora se discute la ventaja de avanzar así un peón.

— A veces es bueno y a veces no, eso es lo que nos enseña el análisis. En ajedrez sólo es válido lo que el análisis aprueba.

DINERO Y SALUD EN AJEDREZ

Actualmente, los premios de los torneos internacionales alcanzan cifras muy grandes; el ajedrez es un buen negocio. Pero, ¿cómo era antiguamente? El maestro Torre da la respuesta:

— Francamente, las bolsas eran muy pequeñas. Jugaba uno en un gran torneo y daban mil dólares de premio; pero en un mes cuánto gastabas. Y eso si se ganaba el primer lugar, pues de lo contrario eran 500 dólares para el segundo y 250 para el tercero; y ya con eso se perdía dinero.

— ¿Quién costeaba sus viajes?

— Los amigos de Nueva York. Tiene uno sus pequeños grupos de amigos y admiradores, y uno ayuda con un dólar, otro con dos o tres, según sus posibilidades.

A pesar de su aislamiento, Torre tiene mucha información sobre la situación mundial del ajedrez y, principalmente, lo que pasa en México. Constantemente lee los diarios, se cartea con ajedrecistas bien informados, como el sobrino de Lasker, y procura asistir a los torneos nacionales.

— ¿Cómo ve el ajedrez en México?

— Vamos prosperando; ya hay maestros internacionales que no se limitan a jugar dentro del país.

— En su opinión, ¿cuál es ahora el mejor jugador de México?

— Creo que la diferencia en sabiduría es pequeña, pero la diferencia en la salud no es tan mínima, y esto es lo que hace que, cuando dos jugadores son iguales, uno gane y otro pierda.

La importancia de la resistencia física en el ajedrez la ejemplifica el hecho de que en una partida internacional, un jugador pierda hasta 2.5 o 3 kilos de peso. Sin embargo, la salud del maestro Torre deja que desear. Cuenta que nació *casi muerto*; y, últimamente, sus pulmones, afectados por el cigarro, lo pusieron en serio peligro. Poco a poco se va recuperando, y espera recobrar las fuerzas para reanudar sus estudios.

— El ajedrez tiene hoy, más que nunca, un carácter social. El mismo

Kissinger intervino para que jugase Fischer con Spassky, y los soviéticos lo utilizan para favorecer su ideología, asignándole un carácter socializante. ¿Qué opina usted de eso?

Torre fija la vista en el techo, pasa la mano sobre sus cabellos, y queda en silencio un minuto.

— Bueno, es muy difícil hablar y decir verdad. Los sultanes hacían obligatorio el ajedrez, pues creían que un buen ajedrecista es después un gran militar. Hoy en día se cree que el juego-ciencia es una buena disciplina, le enseña a uno

a ser más ordenado, más sistemático. Ser ajedrecista, hasta cierto punto, es ser virtuoso, porque si no se tiene virtud seguramente se jugará muy mal.

Así, sin más, da por terminada la entrevista. El legendario maestro Torre Repetto se queda en su hamaca, meciéndose suavemente, en espera de que regresen sus fuerzas. Las religiosas encargadas del asilo lo atienden; los demás ancianos pasan a veces y hablan con él. Mas para ellos no es el gran ajedrecista que venció a Lasker. Tampoco es el filósofo, ni el teósofo ni el psicólogo. Es, simplemente, uno más entre ellos.

